



## CAPÍTULO XII

### LOS RITOS DE CURACIÓN

Sabemos que los tseltales no atribuyen nunca ni a Dios ni a los santos el mal injusto. Por tanto, si una persona justa –*ch'abal*– sufre, el mal proviene de una tercera persona envidiosa. “La explicación de la enfermedad [injusta], dice Aguirre Beltrán, tiene como base los deseos hostiles de otros” (1963, p. 45).

La naturaleza del poder espiritual se muestra claramente en los ritos de curación: en primer lugar, hay que detectar su naturaleza y ver si se trata de una enfermedad ordinaria, o bien, si es algo enviado por el mundo espiritual; enseguida, hay que averiguar si el mal es justo, castigo de un pecado, o bien injusto, procedente de la envidia; si la enfermedad es caliente o fría, etcétera.

Parte del problema proviene de la naturaleza de los seres espirituales: los que son esencialmente buenos, como Dios y los santos, y los que son ambivalentes, como la Santa Tierra, el Santo Cerro, etc. El médico indio deberá, por tanto, conocerlos y distinguirlos bien, y poseer una ciencia amplia acerca de las hierbas medicinales y de otros elementos espirituales y materiales que le ayuden a vencer el mal, justo o injusto. En una palabra: tiene que poseer la sabiduría no solo intelectual, sino la *sapiencia*, es decir, el equilibrio entre sus facultades intelectuales y volitivas –sabio y prudente–. Los tseltales la llaman *sp'ijil yo'tan* –lit.: inteligencia del corazón–. Pero esta *sapiencia* nadie puede darla: “*ya sk'an jujutuhl ya sp'ijubtes sba*” –es necesario que cada uno adquiera la sapiencia por sí mismo.

Solo con la edad y el servicio constante de los santos y de la comunidad se puede llegar a la verdadera *sapiencia*. Se requiere también para ello un *lab* poderoso que, fortalecido por el servicio, haga crecer, a su vez, la *sapiencia*.

Aunque hay rasgos similares entre la brujería maya y la de otras culturas, por ejemplo las africanas, no me es posible aquí hacer la relación entre ellas, pues eso me llevaría demasiado lejos.

En este capítulo examinaré la curación de las enfermedades justas e injustas. Ruz Lhuillier dice que entre los mayas precolombinos:

... las enfermedades podían ser naturales o sobrenaturales. En el primer caso, se trataban mediante la aplicación de conocimientos empíricos que tenían sobre los efectos curativos de las plantas. Pero si habían sido causadas por “malos vientos” o enviadas por enemigos, o provocadas por faltas cometidas en el cumplimiento de las obligaciones religiosas, o si tenían cualquier otro origen milagroso, caían en el terreno de la magia y debían curarse mediante prácticas de hechicería (1981, p. 180).

Antes de entrar en materia, haré tres observaciones:

a) El poder espiritual proviene en todos los casos del *lab* (otorgado por Dios) pero su uso puede ser correcto o incorrecto. Por consiguiente, llamaré médico –*jpoxtaywanej*– o también sacerdote a quien use su poder para bien de la comunidad, y brujo –*j'ak'chamel*– a quien se sirva mal de él. Las raíces de estas palabras son: *pox-tayel*: curar; *j* + *wanej*: sujeto agente; *jpoxtaywanej*: curandero. *Ak'el*: dar; *chamel*: enfermedad; *j*: sujeto agente; *j'ak'chamel*: el da-enfermedad.

b) Tanto los hombres como las mujeres poseedores de un *lab* pueden curar o embruja; sin embargo, parece que los casos de mujeres-brujas son menos frecuentes, y que las curanderas y brujas son menos poderosas que los hombres.

c) Cuando hablo de médico o brujo, me refiero indistintamente a un hombre o a una mujer.

Por lo que respecta a los brujos precolombinos, escuchemos de nuevo a Ruz Lhuillier:

En el nivel inferior de la jerarquía sacerdotal se hallaba *ahmen* “el que sabe”... participaba en las imprescindibles ceremonias agrícolas... El *ahmen* era además el *hechicero*

y el *curandero*, es decir, tenía facultades para provocar enfermedades y daños, pero también para ponerles remedio [el cargo] ha sobrevivido hasta nuestros días (*ibíd.*, p. 135).

## 1. LAS ENFERMEDADES ORDINARIAS

Cuando los remedios comunes y caseros tales como hierbas o regímenes alimenticios especiales no dan resultado, se acude a los servicios de un *jpoxtaywanej* o médico; este investiga los síntomas de la enfermedad para determinar si es fría o caliente; luego aplica unos medicamentos y prescribe otros, todos contrarios a la naturaleza de la enfermedad; fríos, si esta es caliente, y viceversa. Al día siguiente examinará al enfermo: si se ha iniciado la mejoría, habrá únicamente que proseguir el régimen impuesto; pero si pasados dos o tres días la enfermedad persiste, serán necesarias investigaciones más amplias: averiguar, por ejemplo, si el enfermo no se ha hallado en una situación que tuvo como consecuencia la vergüenza o ridículo *-k'exlal*. Esta pudo ocasionar que el calor espiritual del cuerpo se elevara, y que se produjeran síntomas tales como diarrea y fiebre. La vergüenza puede deberse a causas graves, pero se origina también de actos contrarios a la costumbre, aunque no constituyen una falta. Daré algunos ejemplos:

Un día la muchacha que guisaba para la doctora y para mí, no quiso llevarse en una caja los huevos que yo había comprado, porque le daba vergüenza: tenía que llevarlos, según la costumbre, envueltos en su chal.

Un sacerdote extranjero que había vivido en uno de los poblados de la Misión de los jesuitas quiso, antes de partir, hacer un regalito a la cocinera. Ella se negó a entrar al comedor para recibirlo delante de todo el mundo, por lo que el padre se dirigió a la cocina para dárselo, pero varias personas lo acompañaron, deseando saber en qué consistía el obsequio. La muchacha recibió una vergüenza tal que al día siguiente estaba afiebrada y con una erupción de granos.

Si se trata de un bebé, pudo haber sido víctima del *mal de ojo*, una enfermedad causada por la vista poderosa de una mujer embarazada. En ese caso, es necesario que la mujer causante de la enfermedad ate a la muñeca del niño un dije, un talismán, por ejemplo, un pedacito de ámbar, un guajito, etcétera.

Si el *jpoxtaywanej*, con los remedios ordinarios que conoce, no logra nada, volverá al día siguiente en ayunas y recitará una oración especial ante el altarcito de la casa; después dará a beber al enfermo infusiones de hierbas y lo sahumará a él y también la habitación. Repetirá este rito durante tres días consecutivos.

## 2. LA ENFERMEDAD JUSTA Y LA CURA DEL CULPABLE

El que la enfermedad no ceda puede deberse a que la persona es culpable de una falta consciente o inadvertida. El médico indígena traerá consigo a tres o cuatro *trensi-paletik* y procederá a la confesión del enfermo; primero en una forma general: “¿*Ay bal amul?* –¿Tienes delito?–”. Si la respuesta del enfermo es afirmativa, tendrá que especificar el pecado, para que el médico y los *trensi-paletik* sepan quién pudo ser el ofendido, que envió el castigo.

Si el enfermo no recuerda ninguna falta, se le interrogará minuciosamente; en primer lugar, acerca de sus deberes para con el mundo superior: ¿rehusó quizá aceptar un cargo o, después de haberlo aceptado, no lo desempeñó bien? Con ello ofendió naturalmente a Dios y a los santos. Al construir su casa, ¿olvidó quizá cumplir con los ritos debidos a la Santa Tierra sacrificándole unas gallinas? ¿No maltrató acaso a los animales salvajes, y desencadenó así la ira del Santo Ángel o del Santo Cerro? ¿No faltó al respeto a los *trensi-paletik*?, etcétera.

Se recorren también los nombres de las personas a quienes pudo ofender con sus acciones u omisiones; por ejemplo ¿se olvidó quizá de invitar a tal o cual persona a una de las ceremonias familiares? ¿No se jactó directa o indirectamente de sus riquezas o de su buena salud? (cfr. Villa Rojas, p. 586).

Si el enfermo es un bebé o un niño, se interrogará a sus padres, hermanos, hermanas, etc., pues las faltas de estos pueden haber sido causa de enfermedad, debido a que el niño es mucho más débil.

Si por fin se encuentra la falta, se aplicará la sanción correspondiente (generalmente azotes), lo cual permitirá que la armonía se restablezca. Tendríamos en este rito una similitud con la penitencia de la confesión católica (cfr. Harman, p. 83; Lombardo, p. 61).

Un catequista me contó que su madre se alivió algunos días después de que se le aplicó un castigo.

Vienen enseguida los ritos mismos expiatorios para pedir perdón por la falta: el *jpoxtaywanej* recita una larga oración donde invoca, en primer lugar, a Jesucristo, y después a los santos. Las ideas principales son las siguientes:

Abraza a tu hijo-de-mujer... Tómallo en tus brazos, para que lo que entró en su cuerpo, en su lodo [enviado por ti], se desate y pueda salir de él.

El curandero barre después el cuerpo del enfermo con un manojo de hierbas especiales para sacar de él la enfermedad, y pronuncia las palabras siguientes:

Que este gran dolor, que este sufrimiento atroz de su cuerpo, de su lodo, pase a su espalda, pase a su costado [y salga] ¡Tú, Padre mío, tienes el remedio! Que yo pueda hacer un manojo [de hierbas] para barrer lo que entró en su cuerpo.<sup>1</sup>

Ofrece también flores e incienso a los santos ante el pequeño altar y dice:

Mi boca y mi corazón están en ayunas para ofrecer las flores santas y el santo y sabroso incienso ante tu rostro, ante tus ojos.<sup>2</sup>

Después de la ofrenda viene la súplica:

¡Que pueda levantarse, y gozar del universo que lo rodea, ante la santidad de tus ojos, ante la santidad de tu rostro!<sup>3</sup>

Se piden la salud física y la salud moral. Esta última solo puede obtenerse si la persona vive en armonía con el mundo que lo rodea, lo cual supone una vida justa y agradable a Dios y, desde luego, la expiación previa de las faltas cometidas.

El motivo principal para atreverse a pedir a Cristo la salud del pecador es la siguiente:

*Laj amambon tal, la atojbon tal: hichuk laj x'atehk'ambón hahchel.*

Tú viniste a comprármelo, tú viniste a pagármelo [es decir, a cómpralo, a pagarlo para mí]: así pues, pónmelo de pie para que se levante.

Terminados los ritos, el curandero visitará diriamente al enfermo: si no observa ningún indicio de mejoría, comienza a inquietarse. Examina cuidadosamente cada una de sus acciones, cada una de sus oraciones, y quizá repita el rito entero para estar seguro de que la ineffectividad de este no se debió a algo mal ejecutado. Si aun después de esto no se logra nada, y se trata de una persona *ch'abal* –respetuosa y justa– o de alguien por quien ya se han hecho los ritos de expiación por el pecado, hay la seguridad de que ni Dios ni los santos enviaron la enfermedad, pues son buenos y justos, y no castigan nunca sin razón.

La desgracia tuvo entonces que haberla causado un ser envidioso y poderoso, quien por una razón o por otra tiene mala voluntad al enfermo.

### 3. LA ENFERMEDAD INJUSTA Y LA CURACIÓN DE UNA VÍCTIMA DE LA ENVIDIA

#### A) Si la enfermedad la envía un ser superior

Hay que investigar si uno de esos seres, excesivamente susceptibles, como *Ch'ul Lum*, *Ch'ul Bahlumilal* –La Santa Tierra, el Santo Mundo–, no tuvieron envidia del enfermo y le enviaron por ello el castigo. Ya se ha averiguado previamente en el examen de conciencia que el enfermo no tenía culpa contra la Santa Tierra; sin embargo, pudo haber sucedido que esta le haya enviado el mal sin razón pues, aunque da sus beneficios a los hombres, a veces les tiene envidia.

El *jpoxtaywanej* busca los síntomas que puedan indicarle si el mal fue enviado por este ser envidioso: por ejemplo, cuando se trata de un niño o de un bebé, preguntará a la madre si cuando salió a caminar, no llegó a una bifurcación del sendero, y se olvidó de colocar una rama de árbol sobre la vereda que ella no iba a seguir. En efecto, en ese caso, puede haber sucedido que una parte del alma del niño se hubiese extraviado yéndose por un rumbo equivocado.

El niño (o el adulto) ¿no se cayó? En tal caso, una parte del alma pudo haberse quedado en el sitio de la caída.

A este propósito, un día que el camino estaba sumamente resbaloso a causa del lodo, poco faltó para que yo me cayera. Vi la cara aterrorizada de las mujeres que estaban allí y que movían sus manos como para sostenerme: ¡Tenían miedo de que si me caía, fuera víctima del *xiwel* –susto!

Volvamos a nuestro médico: si encuentra que hubo susto, se dirigirá al sitio de la caída y enterrará allí ajo y otras hierbas; después, con un manojo de hierbas irá barriendo la parte del alma que se quedó en el sitio, y la llevará así hasta la casa. Durante ese rito, nadie deberá hablar ni hacer ruido, pues de lo contrario el alma no regresará a casa. Llegado con ella ante la puerta, el médico le mostrará vestidos y otros objetos pertenecientes al enfermo para incitarla a entrar. Hecho esto, romperá un huevo en una palangana con agua, que colocará bajo la cama del enfermo, a fin de que el mal pase allí. Al día siguiente arrojará todo lejos de la casa.

Invocará durante el rito a Dios y a los santos, y suplicará también a la Santa Tierra que ya no tenga mala voluntad a la persona enferma:

*Ch'ul Lum, Ch'ul Bahlumilal, ma' me x'awak' bik'it awo'tan!*  
¡Tierra Santa, Mundo Santo no lo hagan objeto de su envidia!

## B) Envidia de una persona humana o brujería propiamente dicha

Escuchemos algunas palabras de Durkheim sobre la naturaleza de la brujería de otras culturas, que puede ayudarnos a comprender mejor la brujería tseltal:

[Hay dos clases de fuerzas]: las bienhechoras, guardianas del orden de la vida [y las otras], las potencias perversas o impuras... instigadoras de sacrilegios... mediante las cuales actúa el brujo: que se desprenden de los cadáveres y de la sangre de las menstruaciones (p. 585).

Recordemos que, entre los tseltales, la fuente del poder espiritual del curandero y del brujo es la misma; además, los dos acuden a los mismos seres del mundo superior para lograr éxito en sus objetivos antagónicos. La única diferencia es el uso que dan al poder.

Volvamos al proceso de curación: si el *jpoxtaywanej* no descubre indicio alguno que le permita suponer que un ser superior envidioso fue quien envió la enfermedad, hará investigaciones minuciosas para averiguar si el enfermo no ha sido víctima de la brujería.

Tengamos en cuenta que, si no hay razón *objetiva* para que el brujo actúe, hay siempre una causa *subjetiva*. En efecto, puede sentirse ofendido por las acciones, las omisiones, o los bienes de alguna persona, la cual, de esa manera, perturba la armonía del mismo brujo, el cual tratará de restablecerla castigando a esa persona. Por ello no dice: “te echaré el mal”, sino “*Ya ka'-bat awich' awo'tan* –te castigaré–”. Desde el punto de vista del brujo (o de su cliente), el castigo es justificado.

A partir del momento en que el médico tseltal sospecha del embrujamiento, le será necesario prepararse a una lucha encarnizada, no a nivel terrestre, sino sobrenatural, con quien envió injustamente la desgracia. Pero, tiene miedo:

*¡Lumon, k'inalon, hilelon, xiwelon!*

¡Soy polvo, soy campo, soy un ser mortal, tengo miedo!\*

Para vencer es necesaria la ayuda del mundo superior: la ciencia, el valor y el poder. Y a fin de que ese mundo escuche más benévolamente su plegaria, el médico

---

\* La oración para curar la fiebre *-k'ahk'* – es la fuente principal de los datos que se exponen aquí.

se ha preparado por medio del ayuno, que continuará observando durante los dos días siguientes.

Dirige una larga invocación, en primer lugar a Cristo, luego a los santos patronos y a los demás santos, a fin de que intercedan por él y expliquen a Dios, y sobre todo a Cristo, el objeto de su súplica: “¡te pido prestadas tus *trece gracias*, tus *trece bendiciones!*”\*

Pide también todo lo que necesita para lograr el éxito, por ejemplo, para curar la calentura:

Te pido prestada tu boca fría, tu corazón frío... Te pido prestado el rocío del viento, el rocío blanco del viento... Te pido prestadas las piedritas blancas del río, las piedritas negras del río; te pido prestados pedernales blancos del río, pedernales negros del río; lodo blanco del agua, lodo negro del agua; charcos blancos, charcos negros.<sup>4</sup>

El *jpoxtaywanej* sabe que él mismo posee un cierto poder, pero confiesa que el alivio vendrá del cielo, y que este último se lo concederá, ya que:

*Anich'anon, jTat, anich'anon, Kajvual* –Soy tu hijo, Padre mío, soy tu hijo, Señor mío [esto lo repite veinte veces a lo largo de la oración].

Fortalecido con la ayuda de Dios su Padre y de los santos, se atreve a ordenar el cuerpo del enfermo:

*jMa' xwayatix, ch'ul chih! jma' xwayatix, ch'ul bak'et!*  
¡No te duermas vena santa! ¡no te duermas, cuerpo santo!  
[Da esta orden frecuentemente a lo largo del rito].

Después de una nueva invocación a Cristo y a los santos, habla de nuevo a la vena y al cuerpo:

Que se enfríen con mi boca fría y con mi corazón frío; con mis hierbas frías... con el árbol frío verde, con el árbol frío blanco...

---

\* A Dios le pide 13 gracias, 13 bendiciones. En cambio, al curar la mordedura de serpiente se dice: “te chuparé nueve veces”. *Ox-lahun-ti-ku*, “13 dioses”, que ocuparían las 13 capas en que se suponía dividido el cielo... Sus antagonistas eran los *Bolon-ti-ku* “nueve dioses” que moraban en los nueve niveles que constituían el inframundo, lugar en donde vivían los enemigos del hombre (los hacedores de enfermedades, los que causan la muerte) (Ruz Lhuillier, 1981, p. 193).

Pero se presenta un problema: el *j'ak'chamel* o brujo, ha pedido, él también, la ayuda del cielo para *castigar* a la persona. Esto se puede ver en una larga oración que nos presenta Holland, una de cuyas frases es la siguiente:

Ahora Patrón... concédeme tu perdón y tu licencia para mandar dolor y ardor... (p. 253).

El curandero tratará de convencer a Dios y a los santos que el brujo procedió de modo ilegítimo, como explicándoles que, en cierta forma, ha logrado engañarlos. Repite por tanto con frecuencia:

*Ma'yu'unuk ch'ul chih, ma' yu'unuk ch'ul bak'et, haxan te Kajwaltik.*

Él [el brujo] no es dueño de la santa vena, no es dueño del santo cuerpo, sino solo Nuestro Señor.

El médico explica también que él sí es digno de recibir la ayuda del cielo:

¡Yo soy un muchacho justo! ¡Hablaré pues en medio de la vena, en medio del cuerpo!  
¡Hablaré con Nuestro Señor!

Insiste más claramente en que el brujo no obró de manera justa:

¡Vino a hablar a la santa vena y al cuerpo santo, pero él no es el dueño, sino solo nuestro Señor Jesucristo!

La palabra “santo” indica que la vena y el cuerpo pertenecen a Dios, con lo cual queda subrayada la acción ilegítima del brujo.

Necesita la ayuda de Dios para conocer, en primer lugar, el origen del mal, y asimismo el sitio donde el enemigo atacó, a fin de combatirlo mejor:

Señor, ¿por dónde vino a hablar en esa forma? ¡Vino a hablar con voz potente! ¿Qué vino a decirle [al enfermo]? ¡Vino a hablarle por la ventana! ¡Vino a hablarle sobre una roca! ¿Qué vino a decirle todavía el día de hoy? ¿Qué maquinó en su corazón? Pues se trata de un muchacho justo, de una muchacha justa.<sup>5</sup>

El objeto de todas sus preguntas es descubrir las tácticas del enemigo y la naturaleza del mal: si le habló por la ventana, puede tratarse de un “aire” que causó la enfermedad; si sobre una roca, puede significar que el enfermo tropezó con ella y cayó: su alma se asustó, y parte de ella quedó en el sitio, o bien que la persona al caer se hirió.

Habiendo descubierto la naturaleza del mal, y basado en lo que el adversario dijo al enfermo, el médico tsestal concluye que la raíz se halla en la envidia:

*¡Ch'abal ach'ix wan! Seguro smamalal, seguro sjat ah wan...*

¡Pero la muchacha es justa! [¡Por qué, pues sufre?]. Ella estaba segura con su marido [vivían unidos] ¡él los separará...! [enviando la enfermedad y la muerte, pues le tiene envidia].

Pero es necesario que Dios no lo olvide: el enemigo no es el dueño de la persona, y por tanto no puede obrar así legítimamente. Ante la injusticia perpetrada por el brujo, el curandero no se quedará sin hacer nada:

*¿Mach'a ch'aban sti' wan, mach'a ch'aban yo'tik?... Ch'abal ach'ix wan.*

¿Quién cerrará su boca?, ¿quién se quedará callado en estos momentos?, puesto que se trata de una muchacha justa.

El médico no actuará solo sino Cristo mismo le ayudará:

*Ya jnahk'an ta yohlil chih ta yohlil bak'et te sk'op te Kajwaltik Jesu-Kristo.*

¡Colocaré de pie en medio de la vena y el cuerpo la palabra de nuestro Señor Jesucristo!

En la oración para curar la mordedura de serpiente, el *jpoxtaywanej* no solo proclama que el enemigo no es el dueño, sino aun se le enfrenta directamente:

*¡Ho'on ajaw, ho'on ajaw, ho'on ajaw!*

¡Soy el amo de la cueva! ¡Soy el amo de la cueva! ¡Soy el amo de la cueva!

Parecería que el médico, al afirmar que él mismo es un *ajaw* o señor de la cueva, trataría de infundir temor al *lab* agresor del brujo ya que los *ajaw* son dueños de los animales.

Prosigue una larga súplica para implorar la ayuda divina; hecho lo cual, interpela al enemigo:

¿Dónde estás ahora?, ¿estás en tu nido? ¿Dónde te has metido hoy?, ¿te has metido en la montaña? ¿Dónde te hallas en estos momentos?, ¿te hallas en el monte? ¿Qué viniste a decirle hoy al enfermo?<sup>6</sup>

Esta táctica le ayudará a descubrir de qué tipo de serpiente se trata, y así la combatirá mejor.

Fortalecido con el poder de Dios, habla con desprecio del enemigo:

¡Padre mío, yo soy tu hijo...! Te he pedido tu santa bendición... y la fuerza de tu poder... Podemos pues hacer salir [el veneno del cuerpo] de quien fue mordido por la serpiente, por ese *gusano* que está en el mundo y que nos molesta...<sup>7</sup>

Volvamos a la curación de la fiebre. Ya para terminar, agradece al Señor la ayuda que le ha prestado:

Ya te di las gracias, yo que soy tu hijo Señor mío, yo que soy tu hijo, Padre mío. Te pedí prestada tu boca respetuosa, tu corazón respetuoso... Tus trece gracias, tus trece licencias... ¡Te doy las gracias, Señor, yo que soy tu hijo, Padre, yo que soy tu hijo!<sup>8</sup>

¿Significan estas palabras que el *jpoxtaywanej* está seguro del efecto de su rito, o se dirigen más bien a inspirar confianza al enfermo y a su familia?

Para terminar, toma un buche de trago en su boca y lo vaporiza sobre el cuerpo del enfermo; enseguida pronuncia las palabras siguientes: “ ¡Enfríate ya santa vena! ¡Enfríate ya santo cuerpo!”. Con el trago pulverizado, el enfermo experimentará una sensación de frescura, que sería como las primicias de la curación (Holland nos ofrece, en su capítulo VIII, excelentes descripciones del proceso de curación).

#### 4. LA ARMONÍA RESTABLECIDA

Si el *jpoxtaywanej* logra éxito, se obtendrá el restablecimiento de la armonía:

##### A) Del enfermo consigo mismo

Quién cometió un pecado y recibió la enfermedad en castigo, se halla angustiado: ¡el cielo o algún otro se habían enojado y con razón! La confesión ante el curandero y los *trensipaletik*, así como la sanción impuesta, sirven para apaciguar su ansiedad; el examen de conciencia tranquiliza también su alma: se halla más o menos seguro de que, por el momento, no pesan sobre su conciencia otros pecados que podrían desencadenar otra vez la ira de algún ser.

El corazón del que ha sanado habita de nuevo en casa –*nakal yo'tan*–, es decir, se halla en paz o en armonía consigo mismo. Ya no tiene dos corazones –*cheb yo'tan*–, es decir, ya no está angustiado.

## B) Armonía con el mundo que lo rodea

- a) Con la familia: si alguno comete un pecado, su familia se enojará con él, ya que debido a esa acción puede caer una desgracia sobre alguno de los suyos, especialmente los niños. Cuando la falta ya recibió su castigo, se acaba la razón de seguir temiendo por el momento.
- b) Con la Comunidad: puesto que el enfermo ha expiado su falta, es muy probable que aquellos a quienes ofendió renuncien a castigarlo más.
- c) Con el mundo superior: dado que hay interacción entre este y el de la tierra, todo lo que se haga para restablecer la armonía comunitaria, repercutirá en el cielo.

Otro elemento importante es el desarrollo de la curación en un clima de *psico-drama religioso*. Tenemos, en primer lugar, la confesión de impotencia por parte del curandero: es polvo, tiene miedo. Confiesa que sus remedios no pueden aliviar por sí mismos, sino que Dios les concede la eficacia. Se siente fuerte solo después de haber invocado a Cristo y a los santos y se atreve a hablar a su adversario, y aun a despreciarlo llamándolo “gusano”.

Proclama también que él mismo, siendo justo, puede dirigirse confiadamente al mundo superior, y repite constantemente que su adversario no tiene ningún derecho sobre el cuerpo del enfermo puesto que él no es el dueño, sino solo Dios.

Con mucha frecuencia da ánimos al enfermo exhortándolo a aliviarse y ordenando al cuerpo y a la vena que sanen, y declara repetidas veces que la mejoría se ha iniciado ya.

Por fin, los instrumentos de que se sirve proporcionan al enfermo imágenes, por ejemplo, de frescura, si se trata de fiebre (el rocío, las piedritas del río, el espolvoreo con trago); de pegamento, si de un hueso quebrado, etcétera.

El triunfo sobre la enfermedad será una demostración de la justicia defendida por el médico tseltal, y de la iniquidad del brujo. Por el momento no hay razón de temer puesto que se derrotó al enemigo. ¡La armonía reina de nuevo!

Aguirre Beltrán ofrece un buen resumen del proceso:

La solución de la ansiedad que deriva de la enfermedad... depende del equilibrio exacto entre la salud y la muerte, es decir, del doble valor de las fuerzas contrarias del bien y del mal (1963, p. 93).

Sin embargo, la armonía es precaria, jamás perfecta: siempre puede haber gente envidiosa que castigue sin razón. Aun el *jpoxtaywanej*, que ha puesto esta vez su poder al servicio del enfermo, podría en otra ocasión emplearlo en contra de él.

Por otra parte, mientras más poderoso sea, mayor razón tendrá para temer. Es famoso y conocido: luego, puede haber siempre el peligro de que emplee sus poderes no para sanar, sino para castigar, y como bien lo indica el proverbio chino: “aquel a quienes muchos temen, tiene también a su vez muchos a quienes temer”.

## 5. ¿Y SI EL CURANDERO FRACASA?

El rito puede resultar ineficaz debido a que el médico omitió quizá o cambió, por inadvertencia, alguno de los elementos. En tal caso, para remediar un posible error volverá a efectuar el rito. Si esto no da resultado, la familia llamará a otro más poderoso.

Llega a suceder también que se abriguen sospechas acerca del médico mismo: en realidad quizá no falló sino que únicamente fingió curar al enfermo. De aquí surgen dos posibilidades: o él mismo era quien había enviado el mal y, por tanto, no quiere curarlo, o es cómplice o amigo del brujo que echó el mal.

En el caso de que uno o varios médicos no logren su objetivo, la familia, en la imposibilidad de resolver la cuestión en el terreno espiritual, pasará a la acción en el campo terrestre: ¡se dará muerte al brujo! Nada los detendrá, aun serán capaces, por ejemplo, de matar a un miembro de la propia familia. Me narraron que un hombre, al descubrir que quien había embrujado a su hijo era su propio padre (es decir el abuelo del niño), ¡no vaciló en matarlo!

Algunas veces llega a suceder que no se da muerte únicamente al brujo, sino a su familia entera para eliminar todo peligro posible. Eso es lo que sucedió en el poblado próximo de Xitalha’.

Sin embargo, nunca se ataca abiertamente al brujo (ni siquiera el médico indio se atreve a hacerlo), pues ello equivaldría a exponerse a un gran peligro. Generalmente, se le tiende una emboscada, y se le da muerte a machetazos, o bien, se aguarda una ocasión en que se haya embriagado, y se le asesina sin peligro (cfr. Holland, p. 187).

En general, en Guaquitepec los *jpoxtaywanej* no revelan nunca el nombre del embrujador, sino solamente en casos extremos, por ejemplo, para salvar su propia vida, pero la familia misma puede sospechar de algunas personas, según determinados indicios.

Me informaron que antaño, cuando la embriaguez era un mal endémico en la región, los asesinatos de los sospechosos de brujería eran muy frecuentes. ¡Aun en el cementerio se privaba de la vida a machetazos a quien se atribuía la muerte de la persona a quien estaban enterrando!

